

## LA NOVELA COMO SUBVERSIÓN: EL CASO DE *LECTURA FÁCIL* (2018), DE CRISTINA MORALES

CLAUDIO MOYANO ARELLANO

[claudiomoyano26@gmail.com](mailto:claudiomoyano26@gmail.com)

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

**Resumen:** En este trabajo se propone un análisis de la novela de Cristina Morales, *Lectura fácil* (2018), atendiendo a su complejidad discursiva y a las relaciones que en ella se establecen entre salud, enfermedad y normalización. En primer lugar, se propone un marco interpretativo adecuado en el que se relaciona la novela con otros textos que surgen especialmente a raíz de la «crisis de 2008» como denuncia por la situación política actual. En el análisis del texto, a partir de Michael Foucault, Juan Carlos Rodríguez y Hannah Arendt, entre otros, se estudia la variada tipología discursiva y la ideología de la novela. En último término, se defiende cómo la novela de Morales es un ejemplo paradigmático de subversión literaria que persigue con claridad un fin político.

**Palabras clave:** Cristina Morales, Novela política, Novela española contemporánea, Ideología, Biopolítica..

**Abstract:** In this paper, an analysis of Cristina Morales' novel, *Lectura fácil* (2018), is proposed, attending to its discursive complexity and the relationships established among health, illness and normalization. First, an appropriate interpretative framework is proposed in which the novel is related to other texts that appeared especially in the context of the “2008 crisis” as a protest against the current political situation. In the analysis of the text, based on Foucault, Juan Carlos Rodríguez and Hannah Arendt, among others, the varied discursive typology and the ideology of the novel are studied. Finally, it is defended how Morales' novel is a paradigmatic example of literary subversion that clearly pursues a political aim. unprecedented creation in literature.

**Keywords:** Cristina Morales, Political Novel, Contemporary Spanish Novel, Ideology, Biopolitics.

## 1. Introducción. Un marco teórico de estudio

El análisis de una novela como *Lectura fácil* (2018), de Cristina Morales, implica un necesario marco teórico que explique desde dónde se va a realizar dicho estudio, un marco no exclusivamente literario sino, también, eminentemente político y social. Una novela que pretende subvertir, cuando menos, el mundo acomodaticio del lector necesita ser interpretada desde unas coordenadas económicas, políticas y culturales determinadas. En *No-Cosas*, el surcoreano Byung-Chul Han constata que hoy vivimos «en la era de las no cosas [pues] es la información, no las cosas, la que determina el mundo en que vivimos» (2021: 13). Se trata del diagnóstico de un cambio de sociedad, de un mundo distinto, de una sociedad infómana, intoxicada por la información y la comunicación (2021: 14) en la que el ser humano pierde paulatinamente su capacidad de autonomía y de libre albedrío (2021: 18) y en la que la libre elección queda solo destinada a ser libres para consumir (2021: 24). En el mismo sentido se pronuncia Morales en su novela: «Este Bienestar que nos ha convencido a todos, incluida a buena parte de esta asamblea de anarquistas, de que vivir bien es vivir con facilidad para consumir, elevando esa buena vida consumista a la categoría de vida digna» (2018: 94).

El descrédito sobre los grandes relatos que trajo la posmodernidad, tal y como dictaminó Lyotard (2006) al señalar que el hombre occidental había abandonado los metarrelatos o las grandes ideologías del siglo XX que aspiraban a una explicación total de la realidad —esto es, el liberalismo, el socialismo, el fascismo y el cristianismo—, y la crítica tan severa que desde la Escuela de Frankfurt se realizó al proyecto de la Modernidad, sobre todo Adorno y Horkheimer en *Dialéctica de la Ilustración*, han influido decididamente en la capacidad que se reconoce el ser humano de hacerse responsable de sí mismo y de actuar en la vida política de su comunidad. El hombre, y la mujer, se encuentran ciertamente desorientados, aunque no siempre son conscientes de ello. Afirma Marta Sanz que «hoy sabemos diagnosticar, pero no sabemos articular soluciones. Vivimos en la fragilidad del pensamiento político y de su reducción a eslogan» (2018: 54).

Por tanto, un mundo intoxicado de información, en el que la libertad queda reducida al consumo, y ante el que el hombre se siente desorientado ya que las grandes ideologías del pasado han quedado desacreditadas. Ante esto, uno puede acomodarse, alienarse, o bien, rebelarse, actuar.

La capacidad de actuar que tiene el hombre, junto con la posibilidad de discurso, son inalienables a la condición del ser humano; esto es, que la acción y el discurso son las cualidades humanas por excelencia, y la condición de cualquier vida política, pues ambas solo pueden darse entre los hombres que habitan el mundo, esto es, en público. Culminaba esta idea Hannah Arendt al afirmar que, si bien los hombres pueden vivir sin laborar, y la vida de un explotador y de un parásito si bien injustas seguirán siendo humanas, «una vida sin acción ni discurso [...] está literalmente muerta para el mundo; ha dejado de ser una vida humana porque ya no la viven los hombres» (2005: 206).

Por todo esto, la resistencia, e incluso rebeldía, hacia la consolidación del *homo ludens*, del ser humano acomodaticio que está exento de intervenir en la vida pública, tiene que ser obligada, por mucho que desde algunas instancias del poder se vendan las ventajas de la apolítica. Pues hoy se sabe, como afirma Marta Sanz, que:

La condición posmoderna nunca fue inocua. Lejos de la apariencia inofensiva de posturas hedonistas, lejos de la máscara de la tolerancia y de la reivindicación de lo local y lo minúsculo, los productos culturales propios de una deshonesto ideología que juega a no serlo –la posmodernidad– apuntalan valores como el desprestigio de la racionalidad, la invalidez de los lenguajes y, en consecuencia, la nociva peligrosidad de los constructos ideológicos (2019: 63-64).

Ahora bien, formas de intervenir en el transcurso social hay muchas, y la literatura es una de ellas. El discurso literario debe entenderse como uno de los discursos que elabora una sociedad para entenderse a sí misma; por ello, está igual de legitimado para hablar de nosotros que el discurso histórico, filosófico o jurídico, por poner algunos ejemplos<sup>1</sup>. Y más cuando hoy el paradigma<sup>2</sup> científico-técnico, esto es, aquella propuesta de discurso científico que ni siquiera se hace responsable de explicarse a la sociedad civil, ha decaído, y cuando se ha asumido que los seres humanos son narrativos, porque se explican a sí mismos a través de narraciones. Y es que «solo las narraciones crean significado y contexto» (Han, 2021: 17) pues no se olvide que «los hechos en sí mismos [...] carecen de significación» (Urrutia, 2015: 23).

---

<sup>1</sup> Es más, mientras que desde la historia, la sociología o la antropología no se pueden llenar ciertos vacíos más que metodológicamente, estos sí los puede cubrir la imaginación literaria, imaginación que siempre nace del detalle y de la huella, porque la literatura, y más el caso concreto de la novela, es capaz de descender a la intrahistoria, la historia de la gente anónima, «a través de la vida individual, porque se basa en las relaciones diarias de las personas en un marco histórico más o menos definido» (Urrutia, 2015: 29-31).

<sup>2</sup> Utilizo la noción de *paradigma* en el sentido en que lo hace Kuhn en su obra *La estructura de las revoluciones científicas* (2013).

No obstante, tampoco es baladí reflexionar sobre la cuestión de la legitimidad. ¿Por qué hay que seguir reflexionando sobre la legitimidad, o no, del texto literario para intervenir socialmente? El *Diccionario de la lengua española* define *legítimo* como «conforme a las leyes’ y como ‘lícito’». Es importante preguntarse, entonces, como lo hizo Belén Gopegui (2008) en un famoso artículo: ¿quién legitima a los legitimadores? En ese texto, la autora concluía con el siguiente aserto: «Cuando la legitimidad cultural la otorga la burguesía occidental, al hacerlo sólo se legitima a sí misma. [...] Nuestros [son] el arrobo, la impertinencia, la admiración y la crítica». Quizá un texto que pretenda dinamitar algunos consensos establecidos en la sociedad tenga que ser, decididamente, ilegítimo, para que funcione.

En este sentido, no toda la literatura es, obviamente, transformadora, y en ello influye decididamente no solo el fondo, sino también la forma. Gopegui determina que la literatura puede o transformar o justificar el mundo, rechazando la idea de que alguien pueda ser neutral al contar una historia. Hannah Arendt también señaló que el filósofo, si bien puede ser neutral cuando reflexiona sobre la naturaleza, nunca lo será cuando hable de política (2010: 43). En la pretendida inocencia y neutralidad del escritor se esconde un poderoso marasmo ideológico que puede ser combatido desde la práctica literaria, pero también desde la crítica.

Por tanto, y recapitulando, si queda claro que el escritor nunca puede ser neutral, como se decía un poco más arriba, tampoco lo será la forma con la que se construye el discurso. De hecho, fondo y forma se ahorman entre los dos de tal manera que se vuelven indistinguibles. Por eso, en *No tan incendiario* Marta Sanz ha defendido que los textos deben doler, que deben rehuir las visiones edulcoradas de la realidad, y proponía cultivar una literatura en la que quedara abolida la distinción entre la revolución del lenguaje y el lenguaje de la revolución (2019: 82). Cobran luz las palabras de Walter Benjamin, cuando defendía que el autor-productor debe atreverse no solo a cambiar sino, incluso, a enajenar, los instrumentos y las formas de producción (1998: 123-125). Con esto, queda claro que no se trata solo de lanzar un mensaje revolucionario, sino también de subvertir el propio medio por el que se emite el mensaje.

### 1.1. El lugar de *Lectura fácil* en el panorama narrativo español

La novela *Lectura fácil*, de Cristina Morales, solo se entiende desde el planteamiento de una autora que ha comprendido perfectamente lo revolucionario que puede ser un texto

Claudio Moyano Arellano (2022): «La novela como subversión: el caso de *Lectura fácil* (2018), de Cristina Morales», *Cuadernos de Aleph*, 14, pp. 73-93.

cuya forma sea, cuando menos, no convencional, una novela claramente enfrentada a la ortodoxia de un canon literario, en este caso el de la novela española contemporánea, que, por definición, debe ser conservador en sus formas y nombres. Un texto, el de Morales, que pretende dinamitar y subvertir muchas de las estructuras e instituciones oficiales del momento, impugnar desde el sistema económico capitalista actual al nacionalismo aburguesado y rancio de gran parte de la política catalana, y también el sistema clínico-médico que dictamina qué persona es capaz, y por ello autónoma, y cuál es incapaz y debe ser tutelada.

No obstante, en la historia reciente de la literatura española, el hecho de hablar de política, «del precio de las cosas» (Sanz, 2019: 83), era un elemento con el que se invalidaba casi automáticamente la obra en cuestión. Es un hecho el enfrentamiento, y más en la literatura española más reciente, entre la calidad estética y la denuncia política de los textos, y se asumía con decisión que eran categorías enfrentadas y excluyentes. La historia de la novela española de los años 40, 50 y 60 lo demuestra bien. Los textos literarios a los que se reconocen gran calidad estética, los que aparecen en los manuales y las clases de literatura, aquellos que podrían entrar en el canon literario entendido de una forma neutral y objetiva, como lo hace Bloom (2005) en su clásico *El canon occidental* al hablar de «valores sublimes» —aunque nunca quede explicado quién decide la sublimidad de esos valores— quedan en el lado contrario de aquellos textos que hablaban de las condiciones de los miserables, que tratan de dar voz a los subalternos, en términos de Spivak (2011) —aunque el subalterno difícilmente pueda hacer elevar su voz—. En definitiva, textos que se embarraban en las vidas de los obreros, los pobres, los humillados, los exiliados del sistema. Textos que se proponían hacer «visible lo visible», como propone Belén Gopegui (2004)<sup>3</sup>, pues nada hay de invisible en la explotación y en la miseria del ser humano.

Sin embargo, esta tendencia, que sin duda hoy continúa y que David Becerra denominó con fortuna la «novela de la no-ideología», no porque estos textos no transmitan ideología, ya que eso es imposible —y, es más, como nos advierte Marta Sanz, «las formas culturales con apariencia de neutralidad [...] son las que entrañan mayor peligro» (2019: 30)—, sino porque tratan de ocultar e invisibilizar cualquier conflicto político (2013: 29), se ha visto

---

<sup>3</sup> «La tarea del arte, si hubiera una tarea específica, si no fuera la misma tarea del político y del ensayista y del revolucionario, es hacer visible lo visible. No es preciso hablar de poderes ocultos ni de un inconsciente turbio. Basta con hablar del poder visible y de los nombres que lo ostentan y de los medios para arrebatárselo. [...] La opresión es absolutamente visible» (Gopegui, 2004).

alterada, y desde hace unos años algunos autores y autoras están proponiendo textos muy interesantes en los que ética y estética aparecen perfectamente reconciliadas. Sin olvidar todas las propuestas del realismo socialista, cuyo hilo conector sería muy interesante rastrear hasta el día de hoy, es cierto que a partir de los años 90, y especialmente tras la «crisis del 2008» que aquí tuvo un florecimiento en 2011 con el surgimiento del 15-M, muchos escritores han ofrecido textos en los que se percibe con claridad tanto una clara denuncia de la problemática actual cuanto una preocupación por conseguir que dicho artefacto estético sea de gran calidad, y no solo por erudición, sino por el convencimiento de que la forma en la que aparece un discurso moldea y configura, precisamente, dicho discurso.

Maria Ayete afirma que desde la coyuntura social, política y económica que surge tras 2008 y el 15-M en 2011 «comienza a germinar lo que en sus inicios se denominó novelas o narrativas de la crisis [...]». Las novelas de la crisis se articulan en torno a la quiebra económica de 2008 y sus consecuencias» (2019: 626). No obstante, habría que puntualizar que no solo la gran mayoría de los procesos económicos que desembocaron en dichas crisis ya estaban funcionando anteriormente, sino que ya existieron algunas propuestas narrativas que denunciaron dichas problemáticas. El caso más potente, seguramente, sea Belén Gopegui.

Sea como fuere, hoy se encuentran en el panorama literario escritores que han entendido que una función absoluta de la literatura es narrar la herida, y no solo contarla, y que, para ello, se necesita una subversión también en el propio lenguaje y género literarios. Esto es algo claro en autores como Belén Gopegui, Marta Sanz, Elena Medel, Isaac Rosa o la propia Cristina Morales, por poner algunos de los ejemplos más señeros del momento. Escritores, todos ellos, que llevan la revolución también a la forma de sus textos, y que presentan en sus novelas cosmovisiones críticas contra la situación actual.

En última instancia, se trata de luchar contra el sistema desde dentro de la literatura, y romper la idea alienante —lo dirá Morales en su novela— de que el hombre se encuentra ante el mejor mundo posible y que, por ello, la rebelión carece de sentido. Se trata de levantar la bandera de la intolerancia (Žižek, 2007).

Es de vital importancia, asimismo, entender, como se apuntaba anteriormente y como señala Francisca Noguerol, que no todos los textos que plantean estas problemáticas tienen necesariamente que contribuir al cambio, y precisamente no lo harán por su forma extremadamente conservadora (2020: 56). En parecidos términos se pronuncia David Becerra cuando diagnostica cómo, en los albores de la crisis de la clase media, «emerge un

inicial “relato de la pérdida”, un discurso basado en la nostalgia por el mundo –y su posición en el mundo– que había quedado atrás» (Becerra, 2018: 47), porque el problema no radica solo en la caída de Lehman Brothers, sino que en los años anteriores ya estaban en funcionamiento procesos de privatización y precarización que culminaron en esta crisis. Es el propio Becerra, por ejemplo, el que ha propuesto dinamitar algunos de los clichés que pesan sobre el realismo socialista de los años 50, como el que sus problemáticas fueron propias de un pasado que ya no es el momento actual, al señalar que esas novelas tienen un gran valor, entre otras cosas, porque demuestran cómo el denominado «milagro económico español», del que somos hijos, «solo fue posible por medio de la explotación de esa nueva clase obrera que, huyendo de la miseria de los campos, se incorporó al sector secundario o industrial vendiendo su fuerza de trabajo a un muy bajo precio» (2017: 12). Entender la «radical historicidad de la literatura», es decir, el hecho de que los discursos literarios se ven determinados por «las necesidades específicas de una matriz ideológica históricamente dada» (Rodríguez, 2017: 14) es de vital importancia para comprender de forma correcta los textos que se producen en el seno de una sociedad.

Como se ha dicho, subvertir el discurso es imprescindible para que una novela posea potencia performativa. En los textos verdaderamente revolucionarios, se trata de cuestionar las formas de vida a través de la narración. Recordar, en último término, que «narrar no es ordenar. Narrar, por el contrario, también es confundir, y confundir, en ocasiones, es transformar» (Santamaría, 2017: 19-20). Se trata de molestar al lector, hacerle difícil la lectura, apelando, como lo hace *Lectura fácil*, a un lector comprometido que recuerde que la lectura también es un acto político. Un lector civil, diría Constantino Bértolo (2008: 97), que rehúya la simple identificación con el personaje y manifieste su compromiso con una lectura que implique una toma de partido en el mundo, un lector que busque un conocimiento más profundo de su sociedad, un lector, en fin, que anhele, también construir comunidad con los textos que se leen. Un lector que se deje violentar por un texto quebrado y violento, que le obligue a levantar la vista del papel. La misma Cristina Morales no ha disimulado, en numerosas entrevistas, que su intención era colocar al lector en la diana.

Para terminar este epígrafe, restaría señalar cómo todos estos escritores que han sido mencionados han elegido el realismo como método narrativo, pero no se trata, siguiendo la dicotomía que plantea Vicente Luis Mora (2014: 197), de un *realismo ingenuo* —que piensa que puede copiar la realidad en el texto de forma objetiva y sin problema— sino más bien de un

*realismo fuerte*, que entiende que hay que procesar la realidad primero antes de trabajar con ella en el texto, rompiendo su carácter natural. En relación con esto, David Becerra ha sostenido que estos novelistas:

Están realizando un proyecto literario que no se conforma con reflejar la realidad y denunciarla, a la manera del realismo social más clásico, sino que exploran –y experimentan con– la forma, las técnicas y los métodos narrativos, y tratan asimismo de cuestionar el medio de producción de las palabras. Su obra narrativa no puede interpretarse sin una ampliación del concepto de realismo (2020: 379).

Becerra propone hablar de la «inestética de lo real» y con dicho membrete hace referencia a una novela que «en vez de desplazar las contradicciones [...] las quiera narrar, tensar, hacer estallar; una novela que quiera mostrar aquello que no se simboliza» (2020: 390). Son obras realistas que entienden que en cada costura de su texto se libra una batalla ideológica que no ha de ocultarse. El caso de Cristina Morales es un ejemplo paradigmático.

## 2. Una propuesta subversiva: *Lectura fácil* (2018)

Señaladas ya las posiciones teóricas en las que se encuadra este análisis, es hora de explicar la subversión que propone Morales y su difícil relación con un canon literario que se entiende como oficial e institucionalizado, esto es, como parte de los aparatos ideológicos del Estado, en sentido althusseriano.

El primer aspecto que hay que comentar es que existió un proceso de censura previa a la publicación del libro. La propia Cristina Morales, en una entrevista con Ernesto Castro realizada en 2020, afirma que Seix Barral tuvo el manuscrito antes que Anagrama y que se le propuso realizar cambios para acomodar el texto a las exigencias editoriales, esto es, para hacerlo más publicable. Además, reconoce en esa misma entrevista que le hubiera gustado que el texto fuera aún más ilegible, pero que entendió que tenía que hacer algunas modificaciones con vistas a ganar un premio literario. Por otro lado, no es menos verdad que, tras su final publicación, ha sido una novela bien recibida por parte tanto del público como de la crítica, pues mereció el Premio Herralde de Novela del año 2018 y el Premio Nacional de Narrativa del año 2019.

Existe una posible objeción a este planteamiento, y es la siguiente: ¿puede una novela ser crítica con el sistema cuando este sistema la premia y la edita, además, en un sello importante? Cristina Morales (2020) afirma que la coherencia solo se les pide a «las miserables», esto es, que sucede que solo a cierto tipo de escritores se les pide que expliquen

cómo el mercado está asumiendo en su seno sus textos que, en principio, pretenden atentar contra los cimientos del mercado. No obstante, ¿debe un escritor renunciar a ocupar —o, mejor, *okupar*— los cauces oficiales? En este sentido, no deja de ser irónico, por ejemplo, que el texto de Jorge Carrión *Contra Amazon* se venda a través de la plataforma Amazon.

Por un lado, el sistema económico neoliberal lo asume todo, hasta las contradicciones, si puede sacar rédito de ellas, y, por otro lado, también hoy se es consciente de que la propia ideología dominante de una época no es un todo homogéneo, y que en ella misma hay tensiones o discordancias, como bien apuntó Pierre Macherey (1974: 114). Es decir, dentro de la ideología dominante de una época existen vacíos, blancos que, sin salir de la propia ideología —aunque entendiendo este concepto de una manera más moderna— permiten hacer trastabillar las ideas dominantes. Raymond Williams indica que en toda sociedad existen «estructuras de sentimiento» a partir de las cuales «es posible derrumbar —o al menos cuestionar— el orden ideológico hegemónico del capitalismo avanzado» (Becerra, 2013: 34).

Obviamente, es una contradicción encontrar dentro del sistema una novela que pretende subvertir las bases del propio sistema. No obstante, todo aquel que necesite vender su fuerza de trabajo para vivir tiene que enfrentarse a estas contradicciones, aunque sin olvidar que se es «muchísimo más libre cuando le pagan» a uno (Sanz, 2019: 38).

Además, Remedios Zafra ya ha desmitificado claramente el trabajar por vocación, cobrando únicamente reconocimiento —capital simbólico— porque uno «hace lo que le gusta» (2017: 124) y en su obra ha mostrado la miseria y la herida que existen detrás de esos trabajadores, de esas Sibilas entusiastas que aplazan de forma continua su vida porque no hay sueldo. Sibila se terminará dando cuenta de que «su entusiasmo puede ser usado como argumento para legitimar su explotación» (Zafra, 2017: 15), e incluso dentro de su seno, como una autoexplotación en el sentido que ha explicado Byung-Chul Han: «El exceso de trabajo y rendimiento se agudiza y se convierte en autoexplotación. Esta es mucho más eficaz que la explotación por otros, pues va acompañada de un sentimiento de libertad. El explotador es al mismo tiempo el explotado» (Han, 2019: 30-31).

*Lectura fácil* presenta a cuatro protagonistas, Nati, Patri, Marga y Àngels, cuatro mujeres cuyas edades oscilan entre los 32 y los 43 años, que viven en un piso tutelado por la Generalitat de Cataluña porque todas ellas cuentan con diversos grados de discapacidad intelectual, según los baremos y estándares que recogen la Administración y la medicina.

Àngels cuenta con un «raspado 40% de discapacidad», Patri un 52%, Marga un 66% y Nati, por último, un 70%. Al incremento de la discapacidad también corresponde un subsidio mayor. Obviamente, hay aquí una apelación a la biopolítica de Foucault, y a la relación tan estrecha entre enfermedad, sociedad y control, no solo en el sentido de que lo que se considera normativamente como «enfermo», «desviado» o «anormal» no es otra cosa que lo que se aleja del sujeto dominante y, a su vez, normativo —es decir, el sujeto convertido en norma— sino que, como advierte Foucault:

Defiendo la hipótesis de que con el capitalismo no se pasó de una medicina colectiva a una medicina privada, sino que ocurrió precisamente lo contrario; el capitalismo que se desarrolló a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX socializó un primer objeto, que fue el cuerpo, en función de la fuerza productiva, de la fuerza de trabajo. El control de la sociedad sobre los individuos no se operó simplemente a través de la conciencia o de la ideología, sino que se ejerció en el cuerpo, y con el cuerpo. Para la sociedad capitalista lo más importante era lo vivo político, lo somático, lo corporal. El cuerpo es una realidad biopolítica; la medicina es una estrategia biopolítica (Foucault, 1999: 365-366).

Así, véase que la subvención no solo «funciona como un chantaje: los individuos la reciben a cambio del cumplimiento de las reglas», como afirma Becerra (2019: 53), sino que está íntimamente relacionada con el grado de discapacidad que poseen las protagonistas. Además, las cuatro viven en el mismo piso tutelado y tienen que pasarle todas las facturas a la directora del piso, «quien vela por el cumplimiento de los objetivos de integración, normalización y vida independiente» de las cuatro y, si bien el recorrido de las facturas de Àngels y de Patri termina ahí, las de Nati y las de Marga aún tienen que viajar desde la Generalitat a la jueza que las incapacitó judicialmente (2018: 43). La violencia económica también está muy presente, como se ve con claridad al negarles su propia emancipación. Asimismo, la medicalización no funciona como una medida asistencial, sino como una medida coercitiva; como relata Àngels, si bien las trabajadoras de los centros no pueden pegarles, sí les daban pastillas que «te volvían tonto, / todo lo hacías lento, / hasta tragar la comida / o toser cuando de atragantabas»<sup>4</sup> (Morales, 2018: 340-341). También Patri cuenta, al testificar en el proceso judicial abierto con el fin de esterilizar a Marga, cómo fue la psiquiatra quien tiró por la borda los esfuerzos tanto de ellas tres, Àngels, Nati y Patri, como de la psicóloga y la educadora social, para conseguir que Marga aprendiera a relacionarse afectivamente. Y es que la doctora le dictaminó depresión y le recetó Triperidol, medicación

---

<sup>4</sup> Transcribo así las palabras de Àngels ya que sus intervenciones están escritas en la novela a partir del método de «lectura fácil», permitiendo prácticamente solo una oración simple por cada renglón.

que, según apunta Patri, daban los psiquiatras a todos los enfermos, con independencia de que tengan alteraciones de conducta, esquizofrenia o depresión, aunque no se parezcan en nada (2018: 151). Se ve claro: uniformidad de medicación para uniformar conductas.

Nati se revela en varios momentos de la novela contra esta medicalización socialmente admitida. Por ejemplo, cuando Marga le recomienda que se pase a la píldora y deje los condones, ya que al robarlos en las tiendas pierden mucho tiempo porque tienen que extraer cada preservativo de su respectivo plástico, Nati exclama: «Ni hablar, estar chutada de hormonas, estar sistemáticamente medicalizada con tal de darle al macho el gusto de no sacarla. Yo no sé qué coño tiene la píldora de emancipadora» (Morales, 2018: 18).

A lo largo de la novela, se produce un diálogo que ataca el capacitismo, esto es, se atiende a una crítica sobre cómo, dentro de la sociedad reflejada en la novela de Morales, las personas consideradas «capaces» se constituyen en la norma que deben seguir los considerados «incapaces». Esto se ve bien en los discursos en torno a la danza que profiere Nati, profesional del baile antes de que se le diagnosticara su discapacidad. Al entrenar con otras personas consideradas discapacitadas, se da cuenta de que la verdadera discapacidad es la del sistema, al procurar —y obligar— que todos ellos, con todas sus singularidades y particularidades, realicen los mismos movimientos.

En primer lugar, Nati abomina del espíritu de superación, una «fórmula fascista» que implica olvidarse de lo que uno ya es para convertirse en otro que es mejor que tú, por tanto, que está jerárquicamente por encima de uno: «El espíritu de superación es el eslogan urdido por el departamento de márketing del darwinismo social para hacernos creer en el esfuerzo como medio de consecución de la felicidad» (2018: 179).

Nati no piensa ejecutar un ejercicio si es «a costa de dominar el cuerpo del otro» y, finalmente, se pregunta en mitad de su clase: «¿Puede Ibrahim con su columna vertebral torcida, su pierna más larga que otra, su cadera desnivelada y su andador hacerme un porté a mí, una bailarina con más de veinte años de experiencia?» (2018: 174). Finalmente, concluye:

Yo, mientras sea partner de Ibrahim, renuncio a los portés, así como a cualquier otra figura dancística clásica o contemporánea que implique pericia o velocidad bípedas, y esto es así porque, [...] desde la persecución de un horizonte emancipador, Ibrahim no tiene que bailar adaptándose a ningún modelo de movimientos preestablecido ni teniendo por guía un ideal de reaccionarias fluidez, seguridad y belleza (2018: 181).

Véase cómo se carga de política la propia acción del baile. Se trata de evitar caer en un esencialismo democrático, que haga a todo el mundo accesible, en último término, a ser

dominados. No: Nati opondrá al espíritu de la superación «el espíritu de la fornicación» porque, cuando el poder empuja, no hay que doblarse, sino radicalizarse (Morales, 2018: 186-187).

En estos momentos de la novela subyace la crítica contra la uniformidad pretendida por el sistema, esto es, ¿por qué todo el mundo ha de alcanzar los mismos estándares? ¿Por qué alguien tiene que adecuarse a un molde preestablecido y, lo más importante, por qué tiene que sentirse fracasado si no consigue alcanzar el umbral de los movimientos que se reconocen como bellos? La superación implica normalización y, en último término, mediocridad: «volverse ciudadano, volverse igual» (2018: 182).

Nati es un personaje fascinante, y aunque tiene un peso enorme en la novela, no puede decirse que sea la verdadera protagonista porque las cuatro forman una comunidad que es la que protagoniza el texto. Nati es el personaje más discapacitado. La novela se abre con sus propias palabras, explicando su discapacidad: el «síndrome de las compuertas», unas compuertas que se activan en la cara de Nati ante la opresión, el abuso, la imposición desde el poder. Cuando esas compuertas se abren, Nati se vuelve intolerante y radical y, en ese momento, «la información ha dejado de fluir entre un lado y otro y solo se intercambian los estímulos elementales de la supervivencia» (2018: 13).

Sobre Nati, en primer lugar, hay que decir que no solo es subversiva discursivamente. También utiliza el sexo como forma de rebelarse contra la sociedad hipócrita y panóptica de los estándares médicos. Su relación lésbica con Marga y su relación heterosexual con su compañero de baile del centro cívico son descritas no solo gráfica y explícitamente, sino también con voluntad eminentemente transgresora, al poner en escena el papel el sexo entre mujeres y el sexo entre dos personas consideradas discapacitadas.

Un momento estelar de la novela es aquel en el que Nati le está contando a Marga cómo ha tenido relaciones con Ibrahim, pero mientras lo cuenta, ellas dos también están teniendo relaciones, hasta el punto de que los discursos se fusionan. Se ve claro en este fragmento:

Empecé a subir y bajar las rodillas como una rana que saltara, y ya no tenía Ibrahim que subir y bajar sus dedos sino que era yo la que caía sobre ellos. Me corrí así, con el grito del orgasmo ahogado por la discreción impuesta, y casi me caí de las barras al estremecerme. Marga me susurra al oído lo caliente que está y me pregunta si yo ya estoy lo suficientemente caliente como para follármela. Y yo le respondo:

-Quédate ahí -le dije a Ibra. Deshice mi postura de rana, le besé la boca babeada [...]. (2018: 383).

Hay mucha rebeldía de Nati contra lo que lo que Juan Carlos Rodríguez define como «inconsciente ideológico» (2002), con clara influencia en él de Althusser, y que se ha relacionado con el «sentido común» del que hablaba Gramsci, es decir, la naturalización de forma hegemónica de un sistema de creencias que hoy se confunde con el propio capitalismo, hasta el punto de que no es extraño encontrar la denominación de «Capitaloceno» referida a nuestra era, con la asunción de que no es posible vivir en otro tipo de sistema económico que no sea el capitalismo, que también determina finalmente el marco cultural. Nati no está dispuesta a aceptar algunas de las ideas relacionadas con este sentido común que se ha aceptado acríticamente, tales como la meritocracia, el espíritu de superación y el capacitismo, entre otras.

Asimismo, su discurso es continuamente subversivo, combativo no solo contra la represión del Estado, desde una posición abiertamente anarquista, sino también contra cierto tipo de feminismo («Eso se lo aplican las jipis que se ponen florecillas en el pelo, [...] que enseñan las tetas en el Congreso y en el Vaticano y que más que Femen deberían llamarse Semen, de las poluciones que provocan en sus patriarcales objetivos» [2018: 23]), contra las instituciones del Estado y la propia alcaldesa de Barcelona, Ada Colau, a la que tacha abiertamente de *facha* en un momento de la novela (2018: 165) y, como se ha señalado ya anteriormente, contra el espíritu de la superación, propio del sistema capitalista, y que ella entiende como el «espíritu de la mediocridad», entendiendo *mediocre* como «lo inofensivo», es decir, como aquello integrado dentro de la ideología dominante.

Existe también una crítica feroz a la sociedad alienada, a través, por ejemplo, del retrato que Morales realiza de la gente que en el viaje en el metro solo mira a su móvil (2018: 70), dispositivo que la autora compara con un yugo, con el que, ante una pelea entre uno que se cuelga en el metro y el vigilante de seguridad, a lo sumo la gente se atrevería a grabar «periodística, heroica y denunciadamente la agresión para colgarla en internet» (2018: 70). Una censura al independentismo catalán, al que se tacha de burgués<sup>5</sup> y, finalmente, una crítica

---

<sup>5</sup> «A veces las preguntas no deben ser respondidas sino confrontadas, esto es, debemos cuestionar las bases de la pregunta, su formulación, lo que la motiva, como cuando una cupera le pregunta a una anarquista si independencia de Cataluña sí o no y la anarquista responde que ese es un dilema burgués que no le incumbe. [...] No le incumbe porque la única iniciativa que ella sostiene hacia cualquier Estado o subdivisión territorial del mismo [...] es su destrucción» (2018: 159-160).

contra la mojigatería sexual y, así, en un ejercicio de deconstrucción, Nati revienta la consigna de «si tocan a una, nos tocan a todas», y afirma:

¡Ojalá!, digo yo. ¡Ojalá esa consigna no fuera metafórica, ojalá a ese verbo «tocar» le dieran su significado común y literal en vez de hacer de él un eufemismo de «agredir»! ¡Eso sí que sería solidaridad entre compañeros: quien estuviera siendo tocado, tocaría al resto! ¡Si follan con una, follan con todas!» (2018: 141).

Reivindica, además, el pensamiento de los márgenes, que rompe la estabilidad de la estructura canónica y normativa. De este modo, cuando Nati reflexiona sobre el concepto de *bastardismo* que aplica la boliviana María Galindo en su libro *Feminismo urgente. ¡A despatriarcar!*, señala que con seguridad existirá alguna «eurocéntrica de izquierdas» que proteste por el hecho de que la sociedad boliviana y su contexto no son trasladables a la situación española; a ella, a esa feminista, «hay que recordarle que en el extrarradio del progreso también se articula pensamiento, y se escribe y se aplica» (2018: 26). Un personaje que la sociedad considera marginal, como Nati, da una muestra de cómo el pensamiento hegemónico se puede nutrir de propuestas de los márgenes, como la de María Galindo y como la suya propia.

En toda la novela, y principalmente en el discurso de Nati, predomina un sentimiento antirretórico, al entender que «la retórica es el lenguaje que usa el poder para distinguir lo posible de lo imposible y para crear eso que los poderosos llaman realidad e imponérsela» (2018: 161). También Ayete (2019: 631) insiste en su análisis en este significado connotativo de imposición y de sometimiento. No obstante, habría que realizar un matiz en este sentido: todos los discursos públicos y políticos son retóricos por definición, y la retórica solo tiene sentido en democracia, cuyo nacimiento, además, es conjunto. Como afirma Alburquerque, «la Retórica es “un engendro de la democracia”. Donde no existen libertades, basta con vencer, no es preciso convencer, y, así, florecimiento de la oratoria y libertad manifiestan una ligazón indubitable» (1995: 19). La retórica no es engaño, no es falacia, no es ocultar la realidad, sino intentar convencer de una propia cosmovisión —y *convencer* no implica necesariamente *imponer* porque en ese diálogo, en ese intento de convencimiento, uno también se deja convencer por el otro—, visión del mundo que antes ha tenido que ser construida por uno mismo. Así la entienden los últimos desarrollos de la retórica constructivista; Pujante afirma que la construcción que se realiza a través del discurso retórico no es una mera «técnica de hacer discursos de persuasión social [...], sino que, muy por el

Claudio Moyano Arellano (2022): «La novela como subversión: el caso de *Lectura fácil* (2018), de Cristina Morales», *Cuadernos de Aleph*, 14, pp. 73-93.

contrario, en la construcción discursiva está la clave de la interpretación del mundo y de nuestra relación con ese mundo en el que vivimos» (2022: 52).

No puede obviarse que la propia Morales también construye la realidad en su novela a través de un discurso retórico, con afán de convencer al lector de su propia visión del mundo —si no fuera así, ¿cómo podría hablarse de una potencia subversiva de la literatura?—.

## 2.1. Tipología discursiva en *Lectura fácil*

Durante la novela se entremezclan cuatro tipos de discursos. En primer lugar, hay que resaltar cómo no existe ninguna estigmatización en el discurso de las propias protagonistas. Ellas no hablan como discapacitadas, no balbucean ni dudan, y muestran un enorme dominio de temas y registros —Nati, de hecho, a veces habla como una profesora universitaria—, lo que implica claramente una toma de postura por parte de Morales en contra de victimizar e infantilizar a sus protagonistas.

A lo largo de la obra se mezclan diferentes tipologías de discursos, que dan cuenta de la polifonía tanto de voces como de registros que aparece en la novela: además de una narración más o menos convencional, se incluyen las actas de una asamblea de *okupación*, las declaraciones judiciales de un proceso de esterilización que se está llevando a cabo sobre Marga para cercenar su exacerbado deseo sexual —considerado patológico por la Administración— y una narración a través del procedimiento de «lectura fácil», además de la inclusión de un *fanzine* titulado *Yo, también quiero ser un macho* y que comprende unas 40 páginas. Toda esta fragmentación en el propio discurso narrativo aumenta la potencia subversiva porque, además, rompe el *continuum* narrativo en un intento de reconstruir el extrañamiento brechtiano, como bien ha apuntado Ayete (2019: 635). Generalmente, cada capítulo de la novela alterna una de estas modalidades discursivas, con lo que se consigue que el acercamiento a la realidad de la novela sea también múltiple y perspectivista.

En relación con los discursos de la asamblea de *okupación*, activistas que aparecen en primer lugar para ayudar a Marga a *okupar* una vivienda y al final se intentan organizar para evitar su desahucio, hay que señalar lo interesante que resulta ver cómo en ellas surge un gran número de voces que discuten, confrontan y se rebaten dialécticamente. Simbolizan la unión de la acción y el discurso arendtianos, que tienen como condición la pluralidad del hombre, en su sentido de igualdad y distinción: los hombres son iguales y, por ello, pueden entenderse y planear el futuro, pero, al mismo tiempo, son distintos pues, si no lo fueran, no precisarían

Claudio Moyano Arellano (2022): «La novela como subversión: el caso de *Lectura fácil* (2018), de Cristina Morales», *Cuadernos de Aleph*, 14, pp. 73-93.

ni la acción ni el discurso para entenderse. El discurso es consustancial a la acción más que a ninguna otra actividad: mediante la acción y el discurso, «los hombres muestran quiénes son» (Arendt, 2005: 208). Esto se da, específicamente, cuando las personas están en contigüidad a otras, están *con* otras, y no ni a favor ni en contra, momentos en los que el discurso pierde su capacidad reveladora y se convierte en mera palabrería (2005: 209).

Obviamente, en las reuniones también hay un guiño irónico a la cantidad de esfuerzos y tiempo que se puede invertir en discusiones teóricas —por ejemplo, se habla de hasta qué punto es asistencialista el hecho de que un compañero con más pericia sea el que abre la puerta del piso *okupado*, en vez de la propia Marga, mientras otros apuntan que quizá eso es más generosidad y solidaridad que asistencialismo y reaccionarismo [2018: 203]— en detrimento de los invertidos en las acciones prácticas. El epítome de esto sucede casi al final de la novela cuando, en otra asamblea de la asociación, los participantes conversan sobre cómo la policía les ha preguntado por Marga ya que, como es una persona incapacitada judicialmente, al escaparse de casa la policía tiene que encontrarla y devolverla a los servicios sociales. Los asamblearios discuten qué pueden hacer por ella, si deben intervenir y realojarla o no hacer nada, y prosigue una discusión teórica que es interrumpida cuando llega abruptamente otro miembro, apodado Badajoz, que comunica que ya han desalojado a Marga mientras ellos debatían.

No obstante, discursivamente las asambleas son interesantes porque en ellas se discute cómo tomar por escrito el acta; esto se ve bien en el enfrentamiento dialéctico que mantienen los integrantes apodados Murcia y Jaén (2018: 345). Murcia va a escribir el acta durante esa reunión, pero va a transcribirlo todo, como si fuera una grabadora, a lo que Jaén replica que eso, en último término, es mucho más difícil y lento que «hacerlo en plan libro», metodología que implica únicamente tomar notas y luego hilarlas. Ya anteriormente (2018: 208-209) se había discutido el método de Jaén, quien había afirmado que él entendía que el acta no tiene que ser «una transcripción literal» y por eso eliminaba reiteraciones, dudas, balbuceos, e incluso apoyaba con bibliografía las intervenciones de sus compañeros, algunos de los cuales manifestaban cómo hablaban mejor en las actas que en la realidad. Jaén defiende que esto consigue «clarificar el discurso», lo que es apoyado por algunos de sus compañeros, aunque otros afirman que en el acta hay que ser fiel a lo que se dice. Nati, presente en la reunión, abre una veta interesantísima en el discurso cuando afirma que desconoce qué

significan las palabras *autenticidad* y *fidelidad* cuando se aplican a la escritura, pero finalmente tienen que abortar la discusión.

Sin embargo, se ve bien claro cómo subyacen los conceptos de *autoría*, *hipertextualidad*, *copia*, *remedo*, etc., a lo largo de la conversación, que termina siendo una reflexión sobre el propio quehacer del escriba, y también sobre el propio realismo literario: ¿es más realista la mimesis exacta de la realidad o es preferible procesarla antes de plasmarla en el texto literario? Morales se decanta por esta última opción.

Seguramente, los testimonios de Àngels, vertidos en forma de novela a través del procedimiento de «lectura fácil», sean uno de los puntos álgidos de la novela en cuanto a subversión se refiere. Existe una crítica constante a lo que significa dicha fórmula. La «lectura fácil» es un método para que la gente con dificultades lectoras pueda leer y que consiste en la adaptación de textos, tanto en su lenguaje como en el formato en que se presentan y se dirige a un amplio colectivo, desde personas con una escolarización deficiente hasta pacientes con dislexia o discapacidad intelectual, e incluso migrantes y presidiarios.

Àngels, además de escribir utilizando el procedimiento de «lectura fácil», también reflexiona sobre sus métodos y reglas. Por ejemplo, señala cómo hay que «eliminar todo tipo de contenido, / ideas, vocablos y oraciones innecesarias. [...] Hay que contar solo lo que se necesita saber / y dejar fuera lo que no va a utilizar el lector» (2018: 103), evitar la polisemia porque «es un accidente semántico» (2018: 215) y no dar opción a que el lector se confunda (2018: 212).

Parece evidente que se produce una denuncia sobre el método de «lectura fácil», en torno a dos elementos. En primer lugar, Àngels se da cuenta de que el autor del manual que comenta los métodos y normas del procedimiento de «lectura fácil» no los utiliza en su propio texto; así, por ejemplo, dice que no hay que utilizar sangrías ni justificar los párrafos, «pero él sí justifica y hace sangrías», además de que él sí utiliza «palabras difíciles», que no explica como hace Àngels, y tal y como recomienda el propio manual (2018: 224-225). De este modo, finalmente, ella se pregunta: «Si este escritor ha escrito un libro / sobre cómo escribir en Lectura Fácil / se supone que él sabe muy bien lo que es la Lectura Fácil, ¿no? / Entonces, ¿por qué lo hace tan mal? / ¿O será que yo no lo estoy haciendo bien?» (2018: 225). Obviamente, la denuncia es clara: el método no está destinado a que ellas aprendan a escribir y logren su emancipación, sino a que otros escriban lo que ellas tienen que leer luego, textos,

en último término, que reflejarán lo que el poder dictamine, manteniéndolas en un evidente infantilismo, impidiéndoles alcanzar la mayoría de edad kantiana.

En este mismo sentido, cuando Àngels tiene que testificar en el caso de esterilización de Marga, insiste a la jueza en que se escriba su testificación «en normal» y «en lectura fácil», después de explicarle a la jueza en qué consiste el método. Cuando se le responde que solo se escribirá «en normal», ella se ofrece a «pasar el texto normal a “lectura fácil” cuando la declaración haya terminado». La jueza se niega y finalmente Àngels decide no declarar (2018: 308-315). Por tanto, ¿cuál es la conclusión? Que el método de «lectura fácil» finalmente es una hipocresía. La Administración lo promueve para personas con diversidad funcional pero solo como uso recreativo. No se implementa en los documentos oficiales, ni se promueve que ellos escriban, lo que evitaría ser ignorados y que otras personas tuvieran que decidir por ellos. Se confirma, sin paliativos, que el opresor también escribe en «lectura fácil».

El segundo elemento claro en el que se organiza la crítica a este método es una reflexión extradiegética, como una crítica a todo tipo de literatura que se asemeja a los moldes de esta «lectura fácil», pues, ¿no se acepta normalmente —incluso es considerado meritorio— que la literatura de ser de fácil lectura y no debe importunar el mundo del lector?

El último elemento que se va a comentar aquí es cómo, en el fanzine *Yo, también quiero ser un macho* —que merece un estudio más detallado que el que aquí, por falta de espacio, se puede hacer— se reflexiona sobre el concepto de *verdad*, sobre algunas verdades que son socialmente admitidas solo con la lógica del lenguaje establecido. No obstante:

Hablar con el lenguaje coloquial o establecido es hablar con la lógica de las dominadoras. Es hablar desde el entendimiento acrítico de unas palabras que las dominadoras cargan de significado por nosotras. Pero nosotras, las reclusas, por el simple hecho de llamarnos a nosotras mismas reclusas, ya hemos empezado a revelar la relación de dominio que ocultaban las administrativas palabras de “profesionales” y “usuarios”. [...] Si son profesionales de algo, lo son de nuestro secuestro y encierro (2018: 263).

Esta vindicación es interesante, porque apunta con claridad al problema estructural del lenguaje que debe tener la revolución, y cómo hacerla con las mismas categorías, conceptos y vocablos que utiliza el opresor. ¿Es el lenguaje un tipo de «caballo de Troya» en el que se esconde siempre el opresor? ¿Acertaba Nietzsche cuando trágicamente temía que el hombre no se libraría de Dios en tanto siguiera creyendo en la gramática? (2007: 29).

Marta Sanz comenta cómo en los ojos de las mujeres parece que se ha insertado una lente masculina «que ordena el mundo, asigna papeles y valores indisolublemente éticos y

estéticos» (2018: 32), y se pregunta si la mujer puede, o quiere, renunciar de forma completa al lenguaje masculino heteropatriarcal del opresor. Y, evocando los versos de Adrienne Rich<sup>6</sup>, afirma en último término que no puede desprenderse del lenguaje opresor, que lo necesita, pues «si renunciase a él, sentiría que me corto los dedos de la mano uno tras otro como en una película sobre la *yakuza*. Necesito partir de ciertos referentes para afinar la graduación de mi monóculo, para reconocer mi voz grabada en un magnetofón» (2018: 33-34). Es decir, conocer el lenguaje desde dentro para, desde el interior, atacarlo. Como el propio sistema.

### 3. Conclusiones

En este trabajo, se ha analizado la obra *Lectura fácil* (2018), de Cristina Morales, desde una perspectiva política y performativa. En primer lugar, se ha propuesto un marco interpretativo en el que se estudia cómo la literatura se articula como un discurso interpretativo de la realidad y se analiza la inserción de la novela de Cristina Morales en la narrativa española contemporánea, relacionándola con otras propuestas narrativas que, sobre todo a raíz de la «crisis de 2008», han surgido como denuncia de la situación política actual, entendiendo la consonancia que ha de haber entre fondo y forma narrativos, con el propósito no solo de transmitir una determinada cosmovisión sino, también a través de la propia forma del texto, desestabilizar el mundo del lector, volviéndole incómodo el propio proceso de lectura.

En el análisis de la novela, se ha hecho hincapié en la relación entre enfermedad, salud y normatividad que remiten a la biopolítica de Foucault, además de estudiar la tipología discursiva que se teje a lo largo del texto, y la carga ideológica que en ella existe. Especialmente, se ha estudiado cómo el propio método de «lectura fácil» en el que escribe Àngels es finalmente hipócrita, pues no está destinado tanto a que las personas con diversidad funcional escriban, y hagan valer su voz, cuanto a que lean lo que desde los aparatos ideológicos del Estado se decide. También se ha comentado la vocación antirretórica de la novela, pero se ha matizado que con un entendimiento de la retórica como la que propone la retórica constructivista, es decir, retórica como ‘constructora de interpretaciones del mundo’ y no como ‘engaño’, se podría entender también esta novela como retórica.

---

<sup>6</sup> «El conocimiento del opresor / éste es el lenguaje del opresor / y sin embargo lo necesito para hablarte» (Rich, 2002: 67). Es un fragmento del poema de Adrienne Rich titulado: «Arden papeles en vez de niños».

En último término, el análisis demuestra cómo la propia estructura de la novela la dejaría fuera de un canon normativo clásico. Quizá de eso se trata. De romper con las instituciones, físicas e ideológicas. De perseguir un fin político y de entender la novela no solo como un artefacto estético sino como un discurso que puede remover y trastocar la propia sociedad. La brillantez discursiva de las cuatro mujeres que crea Morales, mujeres marginales y enfermas —según los dictámenes administrativos— atenta contra el orden establecido y pone las bases para subvertir el panorama de la Barcelona contemporánea.

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBURQUERQUE GARCÍA, Luis (1995), *El arte de hablar en público. Seis retóricas famosas del siglo XVI*, Madrid, Visor.
- ARENDRT, Hannah ([1958] 2005), *La condición humana*, Barcelona, Paidós.
- ARENDRT, Hannah (2010), *Lo que quiero es comprender*, Madrid, Trotta.
- AYETE Gil, María (2019), «Forma e ideología. Mecanismos de integración y de sumisión en *Lectura fácil*, de Cristina Morales», *Kamchatka. Revista de análisis cultural*, 14, pp. 625-639.
- BECERRA MAYOR, David (2013), *La novela de la no-ideología*, Madrid, Tierradenadie Ediciones.
- BECERRA MAYOR, David (2017), *El realismo social en España. Historia de un olvido*, Italia, Quodlibet.
- BECERRA MAYOR, David (2018), «El relato de la pérdida y las representaciones del fin de la clase media en las novelas de la crisis», en Jaume Peris (ed.). *Cultura e imaginación política*, Francia/México, Rilma2/Adehl: 45-62.
- BECERRA MAYOR, David (2019), «Dispositivos biopolíticos e institucionalización de los cuerpos en *Lectura fácil* de Cristina Morales», *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas*, 874-875, pp. 51-54.
- BECERRA MAYOR, David (2020), «A vueltas con el realismo o hacia una inestética de “lo real”», en Xavier Escudero, Natalie Noyaret y Pascal Peyraga (eds.), *Réalisme(s) dans la fiction espagnole contemporaine*, Binges, Orbis Tertius, pp. 373-391.
- BENJAMIN, Walter (1998), *Tentativas sobre Brecht. Iluminaciones III*, Madrid, Taurus.
- BÉRTOLO, Constantino (2008), *La cena de los notables*, Cáceres, Periférica.
- BLOOM, Harold (2005), *El canon occidental: La escuela y los libros de todas las épocas*, Barcelona, Anagrama.
- FOUCAULT, Michel (1999), *Estrategias de poder. Obras esenciales, vol. II*, Barcelona, Paidós.
- GOPEGUI, Belén (2004), «El árbol de los plátanos», en [<https://www.rebelion.org/el-arbol-de-los-platanos/>], (25/02/2022).
- GOPEGUI, Belén (2008), «¿Quién legitima a los legitimadores?», en [<https://www.rebelion.org/quien-legitima-a-los-legitimadores/>], (25/02/2022).
- GOPEGUI, Belén (2019), «Consecuencias de la ficción», en Belén Gopegui, *Rompiendo algo*, Barcelona, Penguin Random House, pp. 251-253.

- HAN, Byung-Chul (2019), *La sociedad del cansancio*, 2ª ed. ampliada, Barcelona, Herder.
- HAN, Byung-Chul (2021), *No-cosas. Quiebras del mundo de hoy*, Barcelona, Taurus.
- KUHN, Thomas S. ([1962] 2013), *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- LYOTARD, Jean François (2006), *La condición postmoderna*, Madrid, Cátedra.
- MACHEREY, Pierre (1974), *Para una teoría de la producción literaria*, Venezuela, Universidad Central de Venezuela.
- MORA, Vicente Luis (2014), «La construcción del realismo fuerte en algunos libros de narrativa hispánica actual», *Istor. Revista de Historia Internacional*, año XV, n.º 58, otoño, pp. 197-221.
- MORALES, Cristina (2018), *Lectura fácil*, Barcelona, Anagrama.
- MORALES, Cristina (2020), «“No me parece diferente Pablo Iglesias a Abascal”. Ernesto Castro charla Cristina Morales», en [<https://www.youtube.com/watch?v=DdneVT5ej-M&t=2313s>] (25/02/2022).
- NIETZSCHE, Friedrich (2007), *El crepúsculo de los ídolos*, Barcelona, Folio.
- NOGUEROL, Francisca (2020), «Contra el capitaloceno: escrituras subversivas en el siglo XXI», en Marta Waldegaray (ed.), *Anfractuosités de la fiction: inscriptions du politique dans la littérature hispanophone contemporaine*, Reims, ÉPURE, pp. 51-75.
- PUJANTE, David (2022), «Formulación actual de una retórica constructivista. Su carácter interdisciplinar», en David Pujante y Javier Alonso Prieto (eds.), *Una retórica constructivista. Creación y análisis del discurso social*, Castellón, Universidad Jaume I, pp. 47-59.
- RICH, Adrienne (2002), *Poemas (1963-2000)*, prólogo, traducción y notas de María Soledad Sánchez Gómez, Sevilla, Renacimiento.
- RODRÍGUEZ, Juan Carlos (2002), *De qué hablamos cuando hablamos de literatura*, Granada, Comares.
- RODRÍGUEZ, Juan Carlos (2017), *Teoría e historia de la producción ideológica*, Madrid, Akal.
- SANTAMARÍA, Alberto (2017), *Narración o barbarie. Fragmentos para una lógica de la confusión en tiempos de orden*, Vitoria, Sans Soleil.
- SANZ, Marta (2018), *Monstruos y centauros. Nuevos lenguajes del feminismo*, Barcelona, Anagrama.
- SANZ, Marta ([2014] 2019), *No tan incendiario*, Cáceres, Periférica.
- SPIVAK, Gayatri (2011), *¿Puede hablar el subalterno?*, Buenos Aires, El cuenco de plata.
- URRUTIA, Jorge (2015), *Juguetes de un Dios frío. Literatura, historia e ideología*, Salamanca, Devenir.
- ZAFRA, Remedios (2017), *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*, Barcelona, Anagrama.
- ŽIŽEK, Slavoj (2008), *En defensa de la intolerancia*, Madrid, Sequitur.